

## Tiempo de Pasión\*

JOSÉ ANTONIO MIGUEZ\*\*

Señoras, señores, queridos amigos:

Cuando hace tan sólo unas semanas el Rvdo. don Manuel López Castro, sacerdote ejemplar, fundador y director insustituible de esta magnífica Coral Polifónica brigantina, me invitó a pronunciar el pregón de la Semana Santa de Betanzos, en este año de 1992, mi sorpresa superó todos los límites imaginados. ¿Qué méritos tengo yo, me preguntaba a mí mismo, para hablar a los demás de la Pasión y muerte de Jesús, si soy un laico que apenas se ha especializado un poco en temas lingüísticos y filosóficos, caminando por este mundo, eso sí, en busca de la verdad siempre oculta, pero dejando un tanto de lado la vía profética y religiosa? ¿Qué podré decir, pues, a unas gentes que viven la fe sin sobresaltos, firmemente, en una ciudad como ésta, tan marcada por la historia, donde la tradición y el arte hablan por sí solos de un pasado que se compadece bien con el misterio religioso, siempre agradecido por lo demás a los muchos favores de los grandes santos de la Iglesia? Ciertamente, a pesar de mis excusas, no me fue posible rechazar la invitación, en primer lugar por venir de quien venía, y, en segundo lugar, por sentir yo mismo en lo más hondo de mi alma que estoy vinculado material y espiritualmente a esta ciudad, en la que ha transcurrido, con alternativas gozosas, pero también ingratas e inesperadas, más de la mitad de mi vida.

Las preguntas que yo me formulaba quedaban sin embargo en el aire y no tenían evidentemente una contestación adecuada. ¿Cómo pregonar, es decir, hacer notoria en voz alta, públicamente, la realidad fascinante, sobrecogedora, de la Semana de Pasión? Entonces dí un giro a la cuestión para eludir en lo posible una intervención subjetiva y personal, que, por mi parte, resultaría vana e intras-

cedente, y me dispuse a hurgar en los verdaderos pregoneros de la vida de Jesús, los cuatro evangelistas del *Nuevo Testamento*, San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan.

Todo lo que sabemos de la vida, la muerte y la resurrección de Jesús, no se ha transmitido en efecto por los grandes historiadores del Imperio romano, sino por una predicación apostólica y apologética, que tenía su fuente en la palabra y en los hechos de Cristo y que luego, por su misma necesidad de expansión y supervivencia, hubo de plasmar por escrito lo que era hasta entonces un simple evangelio oral.

Así, pues, de una predicación oral, iniciada precisamente en Jerusalén, surgió más tarde, con las diferencias que marcaron sus propios actores, el Evangelio escrito, o mejor, los cuatro evangelios oficialmente admitidos por la Iglesia: el de San Mateo, el de San Marcos, el de San Lucas y el de San Juan. El Padre José María Bover, S.I., calificaría así los cuatro Evangelios en su edición del *Nuevo Testamento* de la Biblioteca de Autores Cristianos (1): "La diferente personalidad de los autores y su relación respecto del Evangelio oral determina el carácter o rasgos diferenciales de los cuatro Evangelios escritos. Para San Mateo, que era apóstol y conocía personalmente cuanto Jesús había dicho y hecho, el Evangelio oral fue simplemente una norma directiva, conforme a la cual él ordenó su propio Evangelio. Para San Marcos, simple auxiliar de Pedro, la labor redaccional se reduce a poner por escrito el Evangelio oral de Pedro. Para San Lucas es su fuente de información, la principal, sin duda, a base de la cual él ordena las múltiples y variadas informaciones que va recogiendo. Para San Juan es algo puramente extrínseco; algo que él no quiere tocar, si ya no es, raras

\* El texto que sigue recoge íntegro el Pregón de la Semana Santa de Betanzos, pronunciado por el Profesor José Antonio Miguez el diez de abril de 1992 en la iglesia de Santo Domingo de esta ciudad.

\*\* José Antonio Miguez es Doctor en Filosofía y Letras y fue Catedrático de Lengua y Literatura españolas en el Instituto de Bachillerato "Francisco Aguiar" de Betanzos hasta la fecha de su jubilación académica. Actualmente es asesor del *Anuario Brigantino*.

(1) José María Bover, S. I.: *Nuevo Testamento*, Biblioteca de Autores Cristianos. La Editorial Católica, S.A. Madrid, MCMLV, págs. 4-5.

veces, para completarlo, precisarlo o explicarlo".

Es indudable que el Evangelio de San Mateo, escrito en arameo, no sólo es el más próximo a los hechos que narra, sino también el que refleja mejor la humanidad de Cristo desde el punto de vista de la tradición y la historia popular. Bien sabido es que San Mateo se dirigía principalmente a los judíos creyentes, pero también a los no creyentes, para convencerles del carácter divino del mensaje de Jesús de Nazaret. Como hombre de pluma, San Mateo es preciso, claro y sistemático. Todo el desarrollo de su Evangelio no hace más que resaltar el proceso histórico de la vida de Jesús, en un seguimiento cronológico que comienza con su propio nacimiento, sigue brevemente a través de su infancia y se sublima en el acontecer de su vida pública, en la consumación de su sacrificio y en la glorificación que trae consigo la resurrección.

Cristo nos habla en los cuatro Evangelios utilizando a menudo la parábola, que es el instrumento pedagógico por El preferido, pero muestra a un tiempo su condición divina mediante sus propias obras: realizando milagros y curaciones que están más allá de todo poder humano. Porque El es quien aseguró a los hombres que no les basta para salvarse con las palabras, si éstas no van acompañadas de las buenas obras. Y Cristo, por eso, enseñó con la palabra, mas, a la vez, obró milagros: así, después del Sermón de la montaña, en el que proclamó las bienaventuranzas ante las muchedumbres que le seguían, Jesús curó al leproso, sanó al siervo del Centurión y a la suegra de Pedro e hizo que le obedeciesen los vientos y el mar ante la cobardía y la zozobra de sus discípulos.

Pues bien, he aquí el gran misterio: el Hombre-Dios que enseñaba a las gentes y que probaba a menudo públicamente su divinidad, no pudo —¿no quiso?, nos preguntamos— liberarse del sufrimiento, de su pasión y muerte en la cruz. Si seguimos paso a paso el Evangelio de San Mateo hasta llegar al proceso de la consumación, advertiremos con claridad cómo Cristo acredita entonces en mayor medida su plena condición de hombre. Porque El es en efecto el hijo de Marfa, desposada con José, descendiente por la línea generacional de Abrahán y de David, y está destinado, según dijo el profeta, a pastorear humanamente al pueblo de Israel. Jesús el Nazareno, nacido en

Belén de la Judea en los días de Herodes el rey, tal como dice el *Evangelio de San Mateo*, 2-1, es por ello también, quiérase o no, un hombre, un personaje que vive en un lugar y en un momento determinado, cumpliendo en verdad una misión histórica. Como hombre tiene flaquezas y debilidades, sufre y se siente totalmente desamparado ante el trance de la muerte. Al comienzo del drama de la Pasión, San Mateo no duda en ofrecer esa imagen del Hombre-Dios, que en sus horas postreras sufre una crisis de identidad y flaquea porque siente en su propio ser la debilidad de la carne. Cuando llega Jesús al huerto de Getsemaní, dice el *Evangelio de San Mateo*, 26, 37-38, "llevando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a ponerse triste y a sentir abatimiento. Y entonces les dice: Triste sobremanera está mi alma hasta la muerte; quedad aquí y velad conmigo". La Pasión y el sufrimiento del Hombre-Dios había comenzado. Y ahora, es cierto, la dualidad se hace más patente: el hombre que en esta ocasión es, conoce la amargura de la soledad, e, incapaz como hombre de hacer milagros, apela ya únicamente a un recurso último: la oración al Padre eterno, que dispone de la voluntad de todos: "Padre mío, si no es posible que pase este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad". Para añadir más adelante dirigiéndose a sus discípulos (*San Mateo*, 26-45): "Ha llegado la hora, y el Hijo del hombre es entregado en manos de pecadores".

"El Hijo del hombre", no duda en llamarse a sí mismo Jesús de Nazaret. Como tal sufrirá castigo y muerte, abandonado incluso por sus discípulos, para que se cumplan las Escrituras de los profetas. San Mateo describió tan vivamente el trance de la Pasión, poniendo énfasis en la humanidad de Jesús el Nazareno, que convirtió en drama perfectamente representable el proceso de Jesús, su crucifixión en El Calvario, su agonía ultrajada cuando el Hijo del hombre carece de poder para salvarse, y, en fin, su desamparo y su muerte, que el propio Jesucristo rubricó con sus últimas palabras (*San Mateo* 27-46): "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?".

Pero la Pasión no culmina el drama, porque, si así fuese, Jesucristo sería solamente eso, el Hijo del hombre y no el Hombre-Dios, el Mesías profetizado, aquel al que Isaías daba el nombre de Emmanuel, "que traducido quiere decir *Dios con nosotros*" (*San Mateo*, I-23).

La Pasión, ciertamente, sin la resurrección y glorificación posterior de Jesucristo apenas tendría sentido alguno y constituiría verdaderamente un sacrificio inútil, un drama humano que jalonan a lo largo de los siglos la historia de la humanidad. San Pablo, en su *Epístola Iª a los Corintios*, 15, 12-16, puso de manifiesto la profunda justificación de la resurrección de Cristo, sin la cual la vida y la esperanza de los cristianos resultan totalmente vanas, "Si no hay resurrección de los muertos -dice San Pablo a los Corintios-, tampoco Cristo ha resucitado. Y si Cristo no ha resucitado, vana es, por tanto, nuestra predicación, vana también nuestra fe; y somos hallados, además, falsos testigos de Dios, pues testificamos contra Dios, que resucitó a Cristo, a quien no resucitó, si es verdad que los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado". La fe flaquea en efecto si Cristo no ha resucitado, y el propio San Pablo declara baldía esta fe, y ridículo el bautizarse por ella, "si en esta vida solamente tenemos puesta en Cristo nuestra esperanza, ya que si así es somos los más dignos de lástima de todos los hombres". (*Iª a los Corintios*, 15, 17-19).

Por el primer hombre, Adán, vino al mundo la muerte, pero por un Dios hecho hombre, esto es por Cristo, vino también la resurrección de los muertos. En ello insiste constantemente San Pablo, porque es también la resurrección de Cristo lo que parece más difícil de comprender, lo que más contraría la razón humana. "Como en Adán mueren todos -dice San Pablo-, así también en Cristo serán todos vivificados. Cada uno en su propio rango: las primicias, Cristo; después los de Cristo, en su advenimiento". (*Iª a los Corintios*, 15, 22-23).

Tal es la esencia de la fe cristiana, a la que la Pasión y la resurrección de Cristo dio un cabal y verdadero sentido. Porque el cristianismo, si algo deja fuera de toda duda a través del drama del Hijo del hombre, es el sometimiento y destrucción de la muerte, es decir la victoria al fin de la vida sobre la muerte. Lo dice el propio San Pablo en la *Epístola Iª a los Corintios* 15, 25-26: "Porque es menester que El reine, hasta que haya puesto todos sus enemigos debajo de sus pies. El último enemigo que será destruido es la muerte". Más difícil de entender será si acaso el proceso de transmutación, o de transformación gloriosa, al que

alude San Pablo en su citada *Epístola*. El apóstol habla a los Corintios de un primer Adán, "alma viviente", y de un postrer Adán, "espíritu vivificante", contraponiendo de algún modo lo animal a lo espiritual, de tal forma que la corrupción, característica del hombre terrestre, se transmute en incorruptibilidad, característica del hombre del cielo, esto es del hombre espiritual. "Porque es necesario que esto corruptible se revista de incorruptibilidad y que esto mortal se revista de inmortalidad". (San Pablo, *Iª a los Corintios*, 15, 53). "Somos hechura de Dios", dirá en otra ocasión San Pablo dirigiéndose a los Efesios (*Epístola a los Efesios*, 2, 10), y por El y por su gracia hemos sido salvados, y resucitados a la vida verdadera.

Parece, pues, del todo evidente, frente al nirvána o anonadamiento que predicán las religiones orientales, este aspecto vivificador de triunfo sobre la muerte y sobre la nada, que ejemplifica Cristo con su Pasión y resurrección. Esto mismo lo confirma San Pablo en su *Epístola IIª a Timoteo*, 2, 11-12: "Si con El morimos, también con El viviremos; si constantemente sufrimos, también con El reinaremos; si le negáremos, también El nos negará".

Drama del sacrificio del Hijo del hombre por todos y cada uno de los hombres: he aquí el significado principal de la Pasión de Cristo. Por eso la religión cristiana ha de ser considerada claramente participativa en amor y solidaridad; claramente participativa, decimos, y exaltadora de la individualidad, y mejor aún, de la persona humana -de toda persona humana, entiéndase bien-, justificada por su fe y por sus obras; fe y obras, como afirma San Juan en la primera de sus *Epístolas*, unidas necesariamente al amor, y, por tanto, superadoras del espíritu de casta, de la artificiosa distinción entre los individuos humanos, que permite en otras religiones como el brahmanismo y el budismo la primacía de seres escogidos como los *budas* para alcanzar la perfecta beatitud del nirvána, mientras los demás seres se ven condenados a sucesivos y constantes renacimientos y transmigraciones de su alma.

En virtud del significado mismo de la Pasión tan válido es en la religión cristiana el amor a Dios como el amor a los demás hombres. Si el Hijo del hombre corrigió la sentencia del *Levítico*, 19, 18, que decía: "Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo", y la sustituyó por esta otra (*Evangelio de San Ma-*

teo, 5, 44-45): "Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos"; razón sobrada tiene San Juan en la primera de sus *Epístolas*, 4, 16, para afirmar concluyentemente que "Dios es amor y quien permanece en el amor, en Dios permanece, y Dios en él". Mas también es cierto que ese amor es difusivo y ha de ser pleno amor, sin restricciones ni distinguos de individuo a individuo, de hermano a hermano. Interpretando fielmente las palabras de Jesús, San Juan sublimiza el mandamiento del amor como señal primordial de la fe y vencimiento del mal y del mundo: amor indudable a Dios, pero amor que se fundamenta decididamente en el amor incondicional al hermano (*Epístola Iª de San Juan*, 4, 20-21): "Si uno dijere: "Amo a Dios", y aborrece a su hermano, mentiroso es; pues quien no ama a su hermano, a quien ha visto, a Dios, a quien no ha visto, no le puede amar. Y este mandamiento tenemos de El; que quien ama a Dios, ame también a su hermano".

He ahí implícita la verdadera pedagogía de la Pasión: Cristo sufrió y murió por los hombres y sólo exige de ellos, como precio de su muerte, que se amen los unos a los otros, sin sombra de resquemor y de odio, contrarios en absoluto a su principal mandamiento de amor. La comunión de amor será así, como señala el Padre José María Bover (2), "la expresión más alta de la inefable comunión con Dios". O lo que es lo mismo, "el amor es la consumación de la comunión".

Llegamos así a una conclusión ciertamente positiva de este drama de la muerte de Cristo: "Dios es amor, y quien permanece en el amor, en Dios permanece, y Dios en él". (*Epístola Iª de San Juan*, 4, 16). Este es el gran legado de la Pasión y también, por añadidura, el del paso de Cristo por la tierra. Por eso, no ha de sorprender que, como ya se ha dicho anteriormente, Jesús corrigiera al *Levítico*, 19, 18, que, aunque sentaba como premisa el amor al prójimo, preconizaba asimismo el aborrecimiento del enemigo, en tanto Cristo extendía a todos el amor al prójimo, sin restricciones de ninguna clase, es decir comprendiendo en el prójimo también a los enemigos. Porque el amor, para ser perfecto, no puede tener ninguna limitación, y en esto se distinguirá el cristiano de los gentiles, según las palabras de Je-

sucristo que recoge literalmente el *Evangelio de San Mateo*, 5, 44-45: "Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos: por cuanto hace salir su sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos".

No siempre, ni mucho menos, este claro mensaje de Cristo, ha sido seguido y aceptado por los hombres. El cañismo, generador de odio, la malevolencia y los abusos de poder, han suplantado con frecuencia al amor a lo largo de la historia humana. Antes de Cristo, y después de Cristo, el hermano se ha encolerizado con el hermano y ha hecho insensata y cruelmente la guerra contra el hermano y pocos -individuos y pueblos, es verdad- han querido escuchar aquellas palabras con las que Cristo comentaba ante las muchedumbres sus mandamientos de amor (*Evangelio de San Mateo*, 5, 22-24): "Mas yo os digo que todo el que se encolerizare con su hermano, será reo delante del tribunal; y quien dijere a su hermano "raca", será reo delante del sanedrín; y quien le dijere "insensato", será reo de la gehena del fuego. Si, pues, estando tú presentando tu ofrenda junto al altar, te acordares allí de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y vete primero a reconciliar con tu hermano, y vuelve luego a presentar tu ofrenda". No ha de resultar extraño, pues, que el autor de una de las obras más celebradas de la literatura española de todos los tiempos, *La Celestina* o *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, haya escogido como frontispicio de su drama la sentencia del filósofo griego, Heráclito, *omnia secundum litem fiunt*, "todas las cosas son engendradas por la guerra", sentencia confirmada por el gran poeta medieval Francisco Petrarca, *sine lite atque offensione nihil genuit natura parens*, "sin lucha y combate ninguna cosa engendró la naturaleza, madre de todo". Por supuesto que Fernando de Rojas, autor de *La Celestina*, centra su atención en la vida de los hombres y es en ellos donde quiere sobre todo corroborar la sentencia, pues ve con hondo pesimismo que toda la vida de los seres humanos, "desde la primera edad hasta que blanquean las canas es batalla". ¿Podrá, por tanto, sorprendernos, después de tan pesimista anticipo acerca de la condición humana, que el filósofo inglés Tomás

(2) J. M. Bover, S.I., *Nuevo Testamento*, ed. citada, pág. 860, nota.

Hobbes proclamara un siglo más tarde que en su estado natural "el hombre es un lobo para el hombre" (*homo homini lupus*) y que el propio instinto de conservación determina la permanente "guerra de todos contra todos" (*bellum omnium contra omnes*)?. Y prosiguiendo en esta línea, ¿no resulta hasta cierto punto lógico que se haya pretendido subvertir la escala de nuestros valores tradicionales, como hizo Federico Nietzsche en el siglo XIX, proclamando la muerte de Dios y la primacía de la voluntad de vivir con el nacimiento del ideal del Superhombre, lo que luego significaría en el nazismo, y no digamos en el "apartheid", la supremacía de un tipo de hombre determinado, de una cultura y de una raza?

Tendríamos abundante materia para reflexionar, queridos amigos: porque es indudable que si el mandamiento absoluto del amor al prójimo se recubre de tibieza, o incluso deja de ser perentorio o primicia de nuestra vida, Dios o Cristo han muerto de veras, puesto que ya no habitan en lo más íntimo de nuestro corazón. Si muchos hombres —millones de hombres— sufren persecución o son todavía esclavizados por otros hombres; si muchos hombres padecen hambre y sed material, y hambre y sed de justicia; si muchos hombres no son socorridos en la enfermedad y viven como apesadados; si muchos hombres —por su raza, por su religión o por su condición social— no merecen de otros hombres el calificativo de hermanos, es simplemente porque su corazón se ha endurecido tanto que ya olvidaron por completo la lección de humildad, de sacrificio y de amor que representa para el mundo la Pasión de Cristo. ¿Será verdad, estremecedora verdad, lo que nos recuerda aquel patético poema de Miguel de Unamuno dedicado al Cristo yacente —"sin alma y sin espera"— de Santa Clara de Palencia, y cuyo final no me resisto a dejar de reproducir aquí?:

*Porque este Cristo de mi tierra es tierra,  
carne que no palpita,  
tierra, tierra, tierra;  
mojama recostrada con la sangre,  
tierra, tierra, tierra, tierra...*

Y ya una última consideración, queridos amigos: la música y la poesía son sin duda las dos bellas artes que mejor expresan el alado mensaje del espíritu, y la música especialmente, exaltada como gala de hermosura en la oda

A Francisco Salinas de fray Luis de León:

*A cuyo son divino  
el alma, que en olvido está sumida,  
torna a cobrar el tino  
y memoria perdida  
de su origen primera esclarecida.*

Es muy de alabar, pues, que hayáis querido iniciar esta Semana Santa con un concierto de música sacra a cargo de la afamada Coral Polifónica de Betanzos, tan joven aún, pero tan entrañablemente unida a la ciudad y a sus viejas tradiciones. Así, vuestra aportación a la Semana Santa tendrá un significado análogo, es decir eminentemente religioso y espiritual, al de las sublimes *Pasiones* de Juan Sebastián Bach, cuyas notas resuenan en todo el mundo cristiano como monumento musical por excelencia de la comunicación del espíritu, que se eleva a sus cimas de grandeza cuando se consuma en la tierra el sacrificio cruento de Cristo.

Permitidme ahora, para cerrar definitivamente este humilde pregón, que abuse un poco más de vuestra benevolencia y que deje oír poéticamente mi propia voz, recitando el que he titulado *Poema del desamparo*, donde es el hombre quien deplora, en angustiada queja, su soledad y su desencanto, pero manteniendo, a pesar de todo, el ritmo y el latido de su corazón, inflamado de amor:

*Cuánto surco ha dejado en esta frejete  
la dura caminata tan temida,  
cuánta ilusión apenas compartida  
y que ahora se vuelve inconsistente.*

*Cuánto empeño, Señor, estuvo ausente  
en esta encrucijada de la vida,  
y cuánta pesadumbre no querida  
forjó melancolía tan creciente.*

*Ya no hay remedio a tanto desencanto,  
ni esperanza que alivie el sufrimiento  
si la meta anhelada es insegura.*

*Mas no se ha hecho el corazón al llanto,  
ni siquiera a la queja o al lamento,  
y siempre aceptará su desventura.*

Nada más. Que el tiempo de Pasión sea para todos tiempo de paz y de amor.

Abril, 1992